

La vecindad del horror

En la ESMA de Buenos Aires se torturaba como en un taller comunitario para el dolor

JUAN BAS



Hace unos años me referí a la honda impresión que me produjo la visita al Museo Sitio de la Memoria ESMA, en Buenos Aires, el mismo que ha querido cerrar sin poder conseguirlo el Gobierno del ultraderechista Milei, personaje tan grotesco como Trump porque serlo más no es posible. La siniestra y tristemente conocida Escuela de Mecánica de la Armada fue, de los muchos que hubo, el mayor centro de detención ilegal, tortura y asesinato durante la dictadura de las juntas militares entre 1976 y 1983. La casa con columnas como de mansión sureña, que en tantas fotografías se ha visto, era la destinada a los talleres de mecánica. Las torturas se practicaban en el sótano de un edificio anejo: el casino o residencia de oficiales. En ese sótano de techo bajo, puro cemento en un amplio espacio desnudo solo alterado por unas pocas vigas maestras, se torturaba a la vez a más de una víctima, sin apartados ni separaciones, como en un taller comunitario para la vejación y el dolor.

Al subir del sótano, unas pocas escaleras llevan al primer piso con artonados y maderas nobles; era donde vivía el almirante Massera (el del primer triunvirato junto a Videla y Agosti) con su familia. La distancia vertical con el sótano es corta. Massera y los suyos tenían que oír los aullidos de dolor de las personas torturadas. Esa apreciación me causó de otro modo tanto espanto como el que infunde el sótano.

En 2015 se publicó y leí la que sería la última novela de ficción de Martin Amis, 'La zona de interés'. Al percatarme de la vecindad de la familia Massera con el horror, pensé en que en 'La zona de interés', a escala mayor en todos los sentidos aunque la cualidad del horror sea la misma, el comandante del campo de Auschwitz y su familia vivían en una preciosa casa con jardín a la que separaba del campo de exterminio solo un muro. Jonathan Glazer ha llevado la novela al cine en una versión libre que ha sido calificada de excelente y que tengo muchas ganas de ver.

Por lo que sé, en la película esa vecindad de los Hoss con la muerte industrial es clave y la banda sonora juega con los gritos que se oyen, y con la vista y el olfato respecto al humo y el hedor de la cremación de cadáveres. Al fin y al cabo, el comandante era el verdugo, convencido de lo adecuado de su labor exterminadora, como lo era Massera, pero su mujer vive allí feliz y es el hogar soñado en que sus hijos crecen con alegría. ¿Era la táctica del avestruz o sencillamente aquel ganado humano no entraba para ella ni en una mera consideración? A Rudolf Hoss lo ahorcaron en 1947 los soviéticos polacos en Auschwitz, al lado de su linda casa.

La desmemoria democrática

ANDRÉS MONTERO GÓMEZ

Se compara interesadamente la transición política de la España posfranquista con el recorrido posetarra de la izquierda abertzale

Un triunfo de la democracia. Eso sería si la refundación de Batasuna lograra la Lehendakaritzza en algún momento. Sortu, coagligada en EH Bildu, ha presentado a su candidato, Pello Otxandiano, sin pasado conocido en la militancia etarra. Es lo que se pedía a la izquierda abertzale. Que se desligara de ETA, que defendiera sus ideas por medios políticos, enmarcados en las reglas de la democracia. ETA ha firmado su disolución y la izquierda abertzale quiere gobernar, democráticamente, a los vascos. Si hace cuarenta años alguien hubiera planteado ese escenario habría sido indistinguible de una novela; distópica para unos, los asesinados y amenazados por ETA; utópica para otros.

En tiempos en que la memoria democrática se reivindica como marco conceptual para un determinado encaje de la Guerra Civil española y de la dictadura franquista, la paradoja es que la democracia implica un ejercicio, intencionado, de desmemoria. A menudo se compara, interesadamente, la transición política de la España posfranquista con el recorrido posetarra de la izquierda abertzale. Que si en ambos casos dejar la violencia atrás requiere generosidad y capacidad de olvido, y de perdón, por parte de las víctimas en aras de un bien social mayor, de posibilitar una nueva época de esperanza y de paz. Que si, igual que se reciclaron cuadros franquistas de la Administración pública en el nuevo Estado, también debería aceptarse un porcentaje de antigua militancia etarra solapándose con una renovada y democráticamente comprometida izquierda abertzale...

Imaginemos por un momento que, del mismo modo que se intenta rehabilitar y reparar la memoria y la dignidad de las víctimas del franquismo en España, un preclaro futuro Gobierno vasco de la izquierda abertzale se afanara en un ejercicio de reconocimiento, y de desagravio, de las víctimas de ETA. A primera vista se



JOSÉ IBARROLA

nos antoja chocante, extraño, imposible. No vemos cómo. El discurso posetarra de la izquierda abertzale no está lo suficientemente maduro. Las generaciones etarras están disueltas, sí, pero vivas aún en la genética del independentismo vasco. El relato dominante, ahora, en la izquierda abertzale es que ETA fue dolorosa, pero necesaria para llevar al pueblo vasco a una estación base a partir de la cual la escalada ya fuera únicamente política. Como si el asesinato de Carrero Blanco fuera una transacción indispensable hacia una democracia que ETA tardaría otros 45 años en reconocer. ¿Acaso la disolución de ETA de 2018 no es sino un aval explícito a la democracia española por parte del movimiento de liberación nacional vasco?

Por más que pese, si se aceptan los paralelismos interesados, aunque sea como ejercicio reflexivo, lo más probable es que una izquierda abertzale con estatus de gobernabilidad no estaría en condiciones hipotéticas de proponer una ley de memoria vasca con satisfacción de la dignidad de las víctimas de ETA hasta dentro de medio siglo. La denominada Ley de Memoria Democrática española es de 2022, cuarenta y siete años después de la muerte de Franco. La desagradable realidad es

que tal vez ningún gobierno vasco, del signo político que sea, llegue a plantear nada parecido antes de transcurrir ese intolerable periodo de tiempo.

Así, es inevitable verbalizar la pregunta insoportable: ¿Por qué, para qué, murieron los asesinados por ETA? ¿En qué balanza están siendo pesadas sus muertes? Y ahí la desmemoria. La gran mayoría prefiere soslayar la respuesta, porque no la tenemos. Confrontados con la realidad, es como si una poderosa, por más que irritante, repugnante e inmorral fuerza nos condujera tercamente hacia la misma palabra: «Nada», murieron para nada. Es terrorífico, tal que si el terrorismo hubiera dejado la secuela más perniciososa de todas, que no es la muerte, sino la indiferencia. Aunque hay una alternativa peor, que es la cínica, y sería pensar que las víctimas de ETA hayan servido para que ETA se disuelva allanando el camino para que gobierne la izquierda abertzale en el País Vasco y sea un «partido de Estado» en la gobernabilidad de España. Es una posibilidad que a muchas personas se les enquina.

Lo más impúdico, no obstante, es que el relato del paralelismo está basado en premisas de mentira. ETA asesinaba en democracia. ETA y el franquismo, sus posteriores transiciones, no son lo mismo, y las insinuaciones de similitud no son más que otra afrenta, otra revictimización, a quienes murieron asesinados por ETA y a sus familias, atravesadas por la pregunta intratable: ¿Para qué? ¿Ha sido en pos de la democracia? Entonces habría que tratar a las víctimas como héroes de la democracia. ¿Estamos siquiera cerca de ello o ya nos hemos preparado para olvidarlas hasta dentro de medio siglo? Para entonces ya no existirá memoria viva que las recuerde; habrá que construir una memoria inducida, que será únicamente consuelo nostálgico.

Andrés Montero ha sido presidente de la Sociedad Española de Psicología de la Violencia

El mundo de ayer

ELENA MORENO SCHEREDRE



En 'El mundo de ayer'. Stefan Zweig habla de cómo las convulsiones que sufría Europa en el siglo XX lo despojaron de todas sus raíces, incluyendo su tierra (Austria) convertida en provincia alemana, su casa y su obra literaria, que fue reducida a cenizas. «De manera que ahora soy un ser de ninguna parte, forastero en todas; huésped, en el mejor de los casos. También he perdido mi patria (...) he sido testigo de la más terrible de-

rrota de la razón y del más enfervorizado triunfo de la brutalidad (...).»

Según el Informe Pisa, un porcentaje muy elevado de nuestros jóvenes, pongamos entre 16 y 18 años, no tendría una comprensión lectora suficiente como para entender la tragedia que sufrió este austriaco, judío, escritor, humanista y pacifista. Con bastantes probabilidades el joven al que me refiero habría desconectado de este artículo en la tercera línea del

texto y la huella del contenido leído no iría más allá de un amasijo de datos incomprendibles. Ese mismo joven, además de no ser capaz de comprenderlo, estaría cerrando las puertas a la reflexión y la empatía de los hechos que acaecieron en el continente donde vive y no podría enfrentarse con criterio a los desmanes que proponen los políticos contemporáneos.

Sin duda alguna, ellos no son los culpables y el río que los lleva tiene una corriente de la que es difícil escapar. Para paliar esta mutación —no tener comprensión lectora lo es— las cabezas pensantes han decidido que incrementar las horas de lectura lo remediará. Recuperar el tiempo perdido solo es posible en la ficción pero, claro, nadie les ha contado a esos chicos de qué está hecha la patria infinita de la literatura.